

ENCUENTRO

CON

LO DESCONOCIDO

(ANFORFA)

Octavia, mi mujer, me animó a que escribiera mi tercer libro en un lugar tranquilo lejos de la populosa ciudad, del pequeño apartamento que habitábamos los últimos seis años situado en zona bastante céntrica donde reinaba una actividad frenética de gentes y vehículos. Teníamos ahorrado algo de dinero y podíamos permitirnos el lujo de vivir algunos meses donde decidiéramos, sin pasar apuros económicos.

Buscando en Internet encontramos una casa de campo situada a las afueras de un pequeño pueblo gallego que contaba con algo más de trescientos habitantes—. Nos gustó nada más verla. Estaba toda ella construida de piedra y rodeada de una tupida arboleda. El precio del alquiler que pedían, comparado con los que regían en nuestra agobiante urbe, nos pareció francamente barato.

—No necesitaremos coche allí. Podemos hacernos con una bicicleta para ir a hacer la compra y volver —consideró mi esposa.

—Será fantástico, cariño —manifesté no menos ilusionado que ella—. Encenderemos la chimenea. Llevaremos una vida tranquila de ermitaños.

—Dormiremos a pierna suelta arrullados por el relajante rumor de la naturaleza.

Enviamos el modesto pago del depósito que nos pidieron y comenzamos a preparar dos grandes maletas dentro de las que metimos principalmente ropa de abrigo, pues estábamos en otoño y planeábamos permanecer en aquella vivienda ideal todo el invierno.

El tren primero y después un destartalado autobús conducido por un chofer cantador al que parecía divertirse cogiendo todos, sin perderse ninguno, los exageradamente cuantiosos baches que llenaban la carretera que nos llevaba a nuestro destino.

El coche se detuvo en el centro del pueblo, pintoresco, sosegado, ideal. Allí encontramos esperándonos a la Sra. Paulina, la propietaria de la casa que habíamos arrendado. Se trataba de una mujer de expresión seria, rostro agradable y sonrisa triste. Vivía en el pueblo de al lado, al que se trasladó cinco años atrás cuando se casó con su actual marido dueño allí de una modesta granja. Contaría la señora alrededor de los treinta años y le sobraban algunos kilos que no la afeaban demasiado porque los tenía repartidos por esas redondeces que, por lo general, encuentran especialmente atractivos los hombres de las zonas rurales.

Poseía un coche viejo, que había aparcado en la plaza delante de la que nos encontrábamos.

—Les llevaré hasta la casa. Pero antes, si quieren comprar alimentos y cosas que pueden necesitar, ahí delante tienen un pequeño supermercado. Y mientras ustedes compran yo le haré una breve visita a un familiar mío.

Aceptamos complacidos su ofrecimiento. Adquirimos todo lo que consideramos necesario para cuatro o cinco días. Ello nos permitiría durante este tiempo dedicarnos por completo a lo que nos apeteciera. Yo empezaría a escribir y mi mujer a recorrer los alrededores de la casa, descubrir su flora y su fauna—nos había dicho la arrendadora existían por allí liebres, ardillas, gran variedad de aves y cabras salvajes que se dejaban ver a menudo.

La casa era exactamente igual a las fotografías que habíamos visto por Internet. Olía dentro a lugar que ha permanecido cerrado mucho tiempo. La Sra. Paulina nos explicó que había estado por la mañana, había traído ropa para las camas que nos mostró hechas de limpio; también toallas para el baño, trapos de cocina y un par de juegos de sábanas.

—La lavadora tiene poca capacidad y es lenta —nos dijo a modo de disculpa—. Tiene ya algunos añitos, pero funciona que es lo principal. También funciona la cocina a gas butano aunque también es antigua.

Nos dejó su número de teléfono por si necesitábamos algo de ella. Nosotros nos habíamos traído nuestros móviles. Y cuando la despedimos en la puerta, nos dijo esperaba disfrutáramos de nuestra estancia allí en su casa.

—Estamos seguros de encontrarnos muy a gusto y ser felices aquí. La paz y tranquilidad que se respira en este lugar es lo que necesitamos. Especialmente ni marido que, como la dije, escribe libros.

Mi mujer no desaprovecha ocasión para mencionar —o quizás debiera decir presumir— que su marido es escritor. Se marchó la mujer y nosotros nos miramos. Nuestras sonrisas mostraron la dicha que nos embargaba en aquel momento. Intercambiamos un par de besos y aunque estábamos cansados del viaje decidimos aprovechar el par de horas de luz que le quedaba al día para conocer un poco los alrededores de nuestra recién estrenada vivienda. El camino que llevaba a un terreno llano que debió ser cultivado mucho tiempo atrás había sido invadido por la maleza. Lo seguimos un trecho. Descubrimos maravillados una buena cantidad de aves diferentes, algunas de ellas desconocidas para nosotros como les ocurre a tantas personas que han nacido y vivido en grandes y contaminadas urbes y prefieren para lugar vacacional las playas de moda. También descubrimos una liebre que se nos quedó mirando con descaro y no huyó de nosotros hasta que estuvimos tan cerca de ella que llegamos a hacernos la ilusión de que se dejaría acariciar.

Regresamos de nuestro paseo encantados. No teniendo gana alguna de cocinar, nos preparamos unos bocadillos y sentados en el baqueteado sofá del salón colocado frente a la ventana disfrutamos del magnífico espectáculo que nos ofreció el sol hundiéndose tras la lejana serranía tiñendo de tonalidades rojas en su última explosión de luz las deshilachadas nubes colgadas encima de la cadena rocosa.

—Impresionante puesta de sol, ¿eh, cariño?

—Una de las más bellas que he visto en mi vida.

—Estoy segura de que aquí podrás crear la mejor obra de tu vida.

—Posiblemente. Se respira una paz tan grande. Una paz que te llena el espíritu de serenidad.

El primer problema nos surgió cuando le dimos al interruptor y la luz no se encendió. Ovidia recordó en seguida que en uno de los armarios de la cocina había visto un paquete de velas. Con la ayuda de mi encendedor prendimos dos

de ellas. Supusimos que podía haber saltado algún plomo. Pero cuando examiné la caja donde se hallaban los fusibles, situada ésta al lado de la puerta de entrada, parecieron estar todos en orden.

—Que raro. La avería debe estar afuera.

No conocíamos a nadie en el pueblo que pudiera ayudarnos en aquellas circunstancias. Y llamar a la Sra. Paulina, de noche como era ya, nos dio reparo.

—Mañana será otro día. Tendremos una noche romántica a la luz de las velas, mi vida.

Como si un ente misterioso quisiera contradecir estas palabras escuchamos de repente el ruido amortiguado de algo que se había caído en alguna parte de la casa. Nos miramos interrogantes.

—Ha sonado en la cocina —creyó localizar mi esposa.

—No será nada importante —descarté, muy cómodo con los pies colocados encima de la mesa.

Mi esposa tiene una palabra clave para comunicarme que tiene ganas de mí.

— ¿Te he dicho hoy que te quiero más que a nada de este mundo?

Me volví hacia ella. Cayó en mis brazos como fruta madura. Nuestras bocas se encontraron. El mutuo intercambio de caricias amorosas tardó poco en prendernos la hoguera de la pasión.

De pronto el ruido de otro objeto caído interrumpió nuestro apasionado delirio causándonos una cierta inquietud.

— ¿Qué habrá sido eso? Vamos a verlo.

Cogimos las dos velas de encima de la mesa y nos dirigimos a la cocina. Al principio no vimos nada extraño. Pero luego descubrimos había en el suelo dos piedras del tamaño de las nueces.

— ¿De dónde habrán caído?

— ¿Las habrá tirado alguien?

Nos acercamos a la ventana. Ninguno de los cristales de la misma estaba roto. Nadie de fuera podía haber arrojado aquellas piedras. Negrura casi total en el exterior. La luna permanecía oculta. Las titilantes estrellas alumbraban poco

— ¡Vaya misterio! Del techo tampoco son —comprobé tras someterlo a detenido examen.

— ¡Cuidado, cariño!

El avisó de mi mujer me llegó tarde. Para cuando quise reaccionar la piedra —ésta tan grande como un puño— había impactado sobre mi cabeza. Solté un grito de dolor. Ovidia acudió solícita junto a mí. Totalmente desconcertado y algo aturdido pretendí tranquilizarla:

—Estoy bien, querida, aunque me saldrá un buen chichón.

—He visto a esa piedra materializarse en el aire —aseguró mientras, muy alarmada, me examinaba el cuero cabelludo.

Pensé que sus palabras eran producto de una momentánea sugestión. No nos atrevimos a tocar las piedras. Desprendían un olor muy desagradable.

Oímos un nuevo golpe, este provenía del salón. Acudimos de inmediato allí y encima de la mesa encontramos una piedra tan grande como la que había impactado contra mi cabeza.

—No perdamos la calma. Esto debe tener alguna explicación lógica.

Barajamos la posibilidad de que alguien se hubiera escondido para gastarnos aquella broma que pasaba ya de castaño oscuro. La gente de algunos pueblos posee un sentido del humor algo especial. Todos hemos oído contar las cencerradas que dedican a viudos que se han vuelto a casar, fiestas patronales en las que cometen terribles barbaridades a animales indefensos y someten a bromas pesadísimas a forasteros. Decidimos registrar la casa de arriba abajo, concienzudamente, por si había alguien oculto dentro de ella. A nadie localizamos. El miedo comenzó a hacer presa en nosotros dos. Y súbitamente una nueva gruesa piedra dio en el hombro de mi mujer.

Ovidia es mujer muy valiente y se quejó poco aunque le había hecho bastante daño. Y fue ella la primera en aventurar algo que por horroroso que pareciera entraba dentro de lo posible:

— ¡David, debemos irnos de aquí! ¡La casa quiere matarnos!

Lo que estaba aconteciendo era tan increíble como real. Una nueva piedra que habría golpeado mi cabeza de no haber dado yo en aquel momento un paso adelante para abrazar a mi mujer. El peligro que corríamos era ya más que evidente.

—Vamos, cariño —decidí—. Hay que escapar de aquí.

Corrimos hacia la puerta de la entrada principal. Cogí la manija. Ésta giró pero no conseguí abrir la puerta. Estaba bloqueada. Tiré de los pasadores con todas mis fuerzas, desesperadamente, pero no conseguí moverlos ni un milíme-

tro. Nos entró entonces un pánico tal que nos llenó de temblores el cuerpo. Nos dirigimos acto seguido a la otra puerta que llevaba al exterior: la de la cocina. Pero tampoco fui capaz de abrirla. ¡Aquella casa maldita nos tenía presos! ¡Y seguían lloviendo piedras!

Miramos en derredor nuestro absolutamente angustiados sin saber qué hacer.

—Ni siquiera nos serviría romper los cristales de las ventanas porque están protegidas por barrotes de hierro. ¡Dios mío, no tenemos escapatoria!

Lo que nos había parecido una ventaja al escoger aquella vivienda —protección de posibles ladrones—, se había vuelto en nuestra contra.

—La única persona que puede ayudarnos es la Sra. Paulina. Voy a llamarla por el móvil. ¡Vigila no nos caiga otra piedra encima, Ovidia!

Mientras mi mujer miraba todo el tiempo hacia arriba realicé la llamada. No obtuve respuesta. La arrendadora debía haber salido a alguna parte.

— ¡Cuidado, David!

Me aparté a tiempo. La piedra caída esta vez era del tamaño de un coco. De haberme impactado en ella habría podido abrirme la cabeza.

—Estamos prisioneros de esta casa maldita. ¿Por qué quiere hacernos daño? Nosotros no le hemos hecho nada.

En circunstancias normales esta apreciación nos habría parecido una insensatez, pero resultaba lógica en la pesadilla viviendo.

—No le hemos hecho nada, pero es evidente que quiere herirnos o matarnos.

La situación se había vuelto tan alucinante que nos hallábamos ambos al borde de un ataque de nervios. Apremiaba tomar cuanto antes alguna resolución que salvara nuestra integridad.

Le propuse a mi mujer algo humillante, ridículo, pero que en aquellas circunstancias me parecía lo único viable: refugiarnos debajo de la cama del dormitorio. Y así lo hicimos. El diluvio de piedra continuó aunque poco a poco más espaciado.

—Tal vez al demonio o lo que sea que nos está haciendo esto se esté quedando sin provisión de pedruscos.

Enfrentados a aquel fenómeno irracional lo absurdo lo aceptábamos como válido.

Cada pocos segundos marcaba el teléfono de la Sra. Paulina sin resultado alguno. El tiempo transcurría angustioso a más no poder, dominados por un sentimiento de total indefensión, de ilimitado horror. La única persona que podía ayudarnos en aquella situación no respondía a mis llamadas.

Por fin, luego de transcurridas dos horas de espantosa, interminable espera las velas a punto ya de consumirse respondió la mujer que nos había alquilado aquella endemoniada inmueble. Dio muestras de incredulidad cuando le expliqué el terror que estábamos sufriendo. Los exasperados sollozos de mi mujer la convencieron más que mis vehementes ruegos. Puso en nuestro conocimiento tardaría media hora o más en llegar hasta nosotros.

—Por favor, venga todo lo rápido que pueda. Estamos a punto de volvernos locos.

Se nos hizo interminable la espera. Mi mujer estuvo llorando la mayor parte de este tiempo. La lluvia de piedras no llegó a parar en ningún momento. Unas veces caían con más intensidad y otras con menos. La pestilencia que desprendían era de lo más repugnante. Mi mujer llegó a ponerse histérica, a gritar que no saldríamos de allí con vida. Estábamos a punto de perder el juicio cuando escuchamos el ruido de un motor y en seguida la luz de unos faros atravesando los cristales de la ventana que teníamos más cerca.

—Estamos salvados —murmuró Ovidia que, lo mismo para el pesimismo que para el optimismo se entrega más pronto que yo.

—Veremos que ocurre con las puertas —comenté, arrepintiéndose en seguida de mostrarme negativo en lugar de esperanzado.

Y a continuación fuimos testigos de lo más inexplicable de toda aquella horrorosa noche. Dejaron de caer piedras. Salimos de nuestro escondite y corrimos hacia la puerta. Ésta se abrió de inmediato al poner Paulina su mano en la manija y girar la misma.

—¿Por qué están con velas? —preguntó la mujer con una tranquilidad que nos resultó insultante.

—No hay electricidad —le respondimos.

Ella dirigió la mano al interruptor, le dio media vuelta y la estancia se iluminó inmediatamente.

—Sí hay —dijo mirándonos como si nos creyera imbéciles, realizando a continuación una pregunta imposible de contestar—. ¿Dónde están las piedras que me han dicho que caían todo el tiempo?

Miramos en nuestro entorno, los ojos a punto de salirnos de las orbitas. No pudimos ver ni una sola de ellas. Habían desaparecido como por arte de magia. Fue para nosotros tarea imposible convencerla de lo que habíamos vivido, pues se habían evaporado todas las pruebas que podíamos presentar.

La Sra. Paulina no nos creyó ni cuando mi mujer le enseñó el rasguño de su hombro y yo el chichón del tamaño de un huevo que lucía en mitad de mi cabeza bastante aligerada de pelo.

—Esto se lo han podido hacer ustedes mismos —argumentó mirándonos reprobadoramente, como si creyera que nos habíamos inventado todo aquello.

Y fue el argumento que esgrimió cuando le pedimos nos devolviera el dinero pagado pues no queríamos estar un segundo más en aquella casa aterradora.

Disgustados a más no poder le pedimos se quedara con nosotros hasta que recogiéramos nuestras cosas y nos dejara en el hostel del pueblo. Accedió, desdeñosa y enojada, como si nos estuviera haciendo un favor que por nuestra espéptica conducta no merecíamos.

Cuando de nuevo nos vimos al aire libre estábamos tan afectados por lo acontecido que nos sonó siniestro el chirriar de los grillos y croar de las ranas. Estábamos bañados en sudor. El miedo parecía habernos dejado sin pulso. Nos sentimos como dos penados a los que acaban de perdonar la vida y devuelto la libertad. Ya en el interior del vehículo mientras mi mujer lloraba mansamente sobre mi pecho, dirigí una última mirada al edificio embrujado y sufrí un estremecimiento. Sus ventanas parecían ojos que me miraban con inconmensurable odio. Y me pareció escuchar una voz macabra decirme: “Por haber osado entrar dentro de mí merecáis la muerte y por muy poco no he conseguido mataros.”

En el humilde hostel del pueblo nos dieron un cuarto con cama de matrimonio. No hubo despedida afable entre la Sra. Paulina y nosotros. Ella parecía creer que pretendíamos estafarla después de haber querido por capricho no vivir más en su casa, y nosotros porque no podíamos aceptar compartir la vivienda con unos fantasmas o lo que fueran que no nos aceptaban y habían intentado acabar con nosotros dos.

Mi mujer se pasó una buena parte de la noche llorando, abrazada a mí, estremeciéndose de vez en cuando a consecuencias del pánico que metido muy dentro de ella se resistía a abandonarla.

A la mañana siguiente después de una noche pasada prácticamente en vela bajamos a la pequeña recepción con las maletas hechas. La noche anterior la propietaria de aquel establecimiento nos había informado de la hora que salía el primer autobús por la mañana. Mujer curiosa nos preguntó mientras desayunábamos, porque no habíamos querido quedarnos en la casa alquilada.

Seguros de que si le contábamos toda la verdad no sólo no iba a creernos sino que nos tomaría por dementes igual que la oronda Sra. Paulina, nos limitamos a decirle que habíamos oído ruidos raros, como si estuviera habitada por fantasmas, y nos habíamos asustado.

—El padre de Paulina se disgustó mucho con ella cuando al casarse le dejó solo en esa casa y se fue a vivir a la de su marido. Sentía una auténtica adoración hacia Paulina, su única hija. Algunos mal pensados sostienen que esa adoración suya no era inocente. Ya saben como es la gente. Especialmente en los pueblos pequeños. Hay mucha malicia, mucha habladuría. Esa casa la construyó ese hombre con sus propias manos, toda la ilusión puesta en que su hija viviera siempre en ella. No me extrañaría que su espíritu se hubiera quedado rondando dentro de ella. Ese hombre murió hace tres años y desde entonces nadie la ha habitado. Tuvo una mala muerte el padre de Paulina. Se ahorcó de una viga de las que cruzan el salón. Los que los descolgaron dijeron que daba miedo la mirada que se le quedó en sus ojos abiertos, desorbitados. Algunas noches tienen pesadillas en las que ven de nuevo esos terribles ojos mirándoles con malévolos fijeza.

A todos aquellos que no se hayan enfrentado alguna vez a lo sobrenatural, les costará aceptar la veracidad de esta historia que acabo de relatar. Sólo me queda desearles que nunca tengan que pasar ellos por una experiencia tan horrosa.